

pliego;—me marchó de París; aquí no tengo suerte ahora, cosa que le deseo a usted, querido Froment. Conque ánimo; ya sabe usted lo mucho que me intereso por el buen éxito de su tentativa.

Mateo dirigióse por los Campos Elíseos; tenía grandes deseos de reunirse con Mariana en Chantebled. El acto decisivo que acababa de realizar le tenía muy conmovido y le hacía estremecer de fe y de esperanza. Al atravesar un paseo desierto le pareció observar en el interior de un coche, allí parado, el perfil burlón de Santerre; una mujer que llevaba el rostro cubierto con un velo y andaba con paso furtivo, subió ligeramente al carruaje. ¿No era Valentina? Y adquirió la certeza de que lo era, mientras el carruaje se alejaba con las cortinillas echadas. Más adelante, en el paseo central, tuvo otro doble encuentro: primero Gastón y Lucía, que, cansados de jugar, arrastraban sus cuerpecitos entecos por el suelo bajo la vigilancia de Celeste, muy ocupada en aquel momento en bromear con el dependiente de una tienda de la vecindad; más a lo lejos, la Catiche, soberbia y majestuosa, adornada como el ídolo del amamantamiento venal, paseaba a Andrestá, haciendo lucir el sol sus anchas cintas de púrpura.

▼

El día en que se dió el primer golpe de azadón, Mariana, llevando en brazos a Gervasio, fué a sentarse cerca del lugar donde se empezaban los trabajos, dominada por la emoción venturosa que la producía aquella obra emprendida por Mateo con tanto atrevimiento. Era un hermoso día de

junio, claro y pálido, con un cielo puro que parecía alentar la esperanza. Los niños jugaban entre las altas hierbas, oyéndose de vez en cuando los agudos chillidos de Rosita que se divertía persiguiendo a sus tres hermanos.

—¿Quieres dar tú el primer azadonazo?—preguntó Mateo sonriente.

Mariana le enseñó el niño.

—No, no,—contestó.—Yo ya tengo mi faena. Dalo tú, que eres el padre.

Mateo estaba allí con dos hombres a sus órdenes, dispuesto a tomar parte en el rudo trabajo corporal, para empezar la realización de aquella idea tanto tiempo acariciada y discutida. Con mucha prudencia y cordura se había asegurado una existencia modesta para el transcurso de un año, mediante un inteligente sistema de asociación y de préstamo reembolsable sobre las ganancias. Gracias a esto podía esperar tranquilamente la primera recolección sin contraer deuda alguna. La energía creadora se había revelado en él después del nacimiento de su último hijo e iba creciendo con extraordinaria potencia. Iba a jugarse la vida sobre la futura cosecha, si la tierra rechazaba su culto y su trabajo; pero era fiel y creyente y estaba seguro de vencer, porque amaba y deseaba. Cuando le acusaban de terquedad acerca de sus proyectos y sueños de Chantebled, respondía sonriéndose que a fuerza de práctica acabaría por ser un buen agricultor. Una mañana hizo reír mucho a Mariana descubriendo y explicando por qué razón los dos deseaban y hacían tantos hijos. ¿No era esto un acto de voluntad, de energía, de la acción viviente y humana, y de la más poderosa del mundo, por cierto?

Dió el primer azadonazo y exclamó:

—¡Ya está hecho! ¡Que la tierra sea una buena madre para nosotros!

Sucedía esto a la izquierda del antiguo pabellón de caza, en una punta de la vasta planicie pantanosa que numerosas fuentes inundaban por todas partes, y en la que no crecían más que malezas. No se trataba entonces más que de proceder al drenaje de unas cuantas hectáreas, recogiendo y encauzando las aguas para que fueran a verterse sobre las pendientes arenosas y frescas que llegaban hasta la línea del ferrocarril. Después de un examen muy minucioso, descubrió Mateo que todos aquellos trabajos serían de fácil ejecución, bastando unos cuantos regueros, pues facilitaban mucho la operación, la disposición y la naturaleza de los terrenos. Aquello sólo constituía un precioso descubrimiento, y además tenía la seguridad de que la capa de mantillo amontonada en la planicie, había de producir una fecundidad asombrosa, el día en que penetrase en ella la reja del arado. El primer azadonazo no era más que el acto del descubridor o creador, empezando la zanja para abrir paso a las aguas detenidas, saneando así los terrenos altos y húmedos y fecundando más abajo aquellas otras tierras que abrasaba la sed y que estaban poco menos que estériles. Gervasio, al que sin duda el aire libre había abierto el apetito, púsose a llorar. Tenía tres meses y medio y era un robusto chiquillo que no permitía ninguna alteración respecto de las horas en que debía tomar alimento. Crecía fuerte, como uno de los arbolillos del bosque vecino, y tenía una salud a prueba, propia del campo, además un piquillo de pájaro goloso en el que parecía desencadenarse una tempestad cuando su madre le hacía esperar.

—Sí, sí; ya sé que estás ahí. ¡Vamos, toma y no nos aturdas más con tus chillidos!

Se desabrochó el vestido y le dió el pecho, oyéndose desde aquel momento el ronrón de gatito satisfecho. Mamaba hasta perder el aliento, y apretaba con su manita la blanca carne para que el chorro fuese mayor. Habíase puesto a mamar como si la fuente fuese inagotable, y el ligero manar de la leche susurraba sin fin; se habría dicho que se oía bajar y extenderse. Mientras tanto Mateo continuaba abriendo la zanja, ayudado por sus dos hombres, robustos mocetones cuyo aprendizaje estaba ya terminado. De pronto se incorporó, enjugóse el sudor y dijo:

—Hay que aprender este nuevo oficio... Dentro de algunos meses no seré otra cosa que un labrador... Mira esta charca estancada que las plantas volvieron verde; pues la fuente que la alimenta está allá bajo entre aquel macizo de grandes hierbas. El día en que esta zanja esté abierta y llegue hasta la orilla de la pendiente, ya verás cómo la charca se seca, la fuente sigue manando, y las aguas seguirán su curso, llevando a lo lejos su bienhechora influencia.

—¡Ah!—dijo Mariana.—Sí; que las aguas te muerden esos pedregales, porque no hay nada más triste que las tierras muertas, abandonadas. ¡Qué dichosas van a ser cuando revivan, después de haber bebido hasta su sed!

Interrumpióse bruscamente, para reprendre con su hermosa sonrisa a Gervasio.

—¿No le parece a usted, señor mío, que podría chupar con menos fuerza? Espere usted a que baje por sí sola; ya sabe que es toda suya.

Resonaban acompasadamente los azadonazos de los dos mocetones y la zanja adelantaba rápidamente en aquel suelo fangoso, de manera que muy

pronto llegaría a deslizarse el agua hasta las resacas venas de los vecinos eriales. Entre tanto el ligero manar de la leche continuaba con su débil murmullo, cayendo desde el seno de la madre a la boca del hijo como una fuente de la eterna vida. Muy en breve se mezclaría su ruido al de las aguas cuando estas bajasen por los regueros hasta las tierras secas y abrasadas. Entonces vendrían a ser el mismo arroyo, el mismo río poco menos que desbordado; el uno llevaría la vida a tierra, el otro a la humanidad. Cuatro meses después, en aquel mismo sitio, verificóse la operación de la siembra, terminadas las labores propias del cultivo. Sucedió esto en un hermoso día en que el cielo estaba teñido de una poética tinta gris, y era tan suave la temperatura que Mariana, que se hallaba allí, pudo sentarse aún y dar alegremente el pecho a Gervasio, que había cumplido los ocho meses y era todo un hombrecito. A simple vista veíasele crecer en los brazos de su madre, sobre aquel cálido seno, en el cual había la vida. Aun no se había despegado de él, semejante a la simiente que está en el suelo, o la planta que aun no está madura. El chiquitín ocultaba su cara, buscando el calor del pecho, y mamaba silenciosamente, lo mismo que si el río de la vida se hubiese perdido y ocultado bajo tierra.

—¡Hola!—dijo Mariana, echándose a reír.—Parece que el señorito no tiene mucho calor y que va buscando refugio en su cuartel de invierno.

Mateo acercóse a ella; llevaba a la cintura un saco de simiente y lanzaba a todo vuelo y con un gesto rítmico el grano.

—Que mame y que duerma esperando el reguero del sol. Cuando llegue la época de la recolección contaremos con un hombre más.

Y señalando el vasto campo que estaba sembrado, añadió:

—Esto crecerá y madurará cuando Gervasio rompa a hablar y eche a andar. ¡Mira, mira nuestra conquista!

Estaba orgulloso de su obra y con razón sobrada. Habían quedado ya roturadas, disecadas y explanadas de cuatro a cinco hectáreas de terreno, las charcas habían desaparecido; las tierras formaban una superficie lisa muy fecunda, gracias al mantillo en ellas amontonado, mientras que las zanjas llevaban el agua a las pendientes vecinas. Para poder cultivar los terrenos resacos de éstas, era necesario esperar a que el agua se filtrara en ellas. Este debía ser el trabajo de las estaciones futuras, la vida que de año en año iría reanimando todo el antiguo dominio. Para empezar había bastante con aquellas cuantas hectáreas; ello era suficiente para pagar los primeros gastos, vivir y anunciar el prodigio.

—Va a hacerse de noche,—añadió Mateo,—y es necesario apretar.

Y alejóse para seguir lanzando el grano. Mientras tanto Mariana contemplábase cómo se alejaba grave y sonriente. En esto a Rosita se le ocurrió sembrar también y acompañó a su padre, cogiendo puñados de tierra y echándolos al aire. Los tres niños lo advirtieron y empezaron también a sembrar, riendo locamente y formando alrededor de Mateo un torbellino, pareciendo durante un momento que aquel hombre, con el mismo ritmo con que confiaba al surco de la semilla, había sembrado también aquellos hijos queridos, multiplicándolos para que todo un pueblo de sembradores acabasen por poblar el mundo.

Mariana experimentó una gran sorpresa cuando vió acercarse silenciosamente por un sendero al

matrimonio Angelín, que paseaba su ternura a lo largo de los desiertos caminos. Vagando de aquella manera por los lejanos campos, entregábanse de tal modo a su amor que no veían nada, así es que al distraerse de su amoroso ensueño con aquel inesperado encuentro y ver aquellos campos labrados experimentaron gran sorpresa. Mateo acabó entonces por aparecérselos como un sér original que en vez de amar a la tierra y de empeñarse en fecundarla debería amar tan sólo a su encantadora esposa. A pesar de esto hablaron aparentando que les asombraban muchísimo los resultados obtenidos, sólo por el deseo de parecer amables. En medio de un interminable sueño, tenían esta buena condición siempre; querían, deseaban que todo el mundo fuera feliz, ya que ellos lo eran. Su vida hasta entonces no había sido otra cosa que una fiesta ininterrumpida, consagrada al amor. La señora Angelín, se había quedado en pie, dando el brazo a su marido y apoyando tiernamente la cabeza sobre su hombro. De pronto pareció caer en un ensimismamiento singular y fijó sus miradas en Mateo, el cual, después de saludarles, continuaba su trabajo. De una manera brusca y llamándola sin duda la atención aquel enjambre de niños alegres que parecían surgir de las manos del sembrador, dijo en voz baja:

—Acabo de perder una tía, hermana de mi madre, que indudablemente se murió de pena por no haber tenido hijos. Habíase casado con un gran mocetón y ella era alta, robusta y muy guapa. El marido había logrado alcanzar una gran fortuna, de manera que el matrimonio lo reunía todo: dinero, salud y numerosas amistades. Sin embargo, disfrutaban muy poco de todo aquello; sufrían continuamente ansiando la única alegría de que no podían disfrutar, la de tener hijos que alegra-

sen aquella casa triste y solitaria... Una especie de preocupación se apoderó de ellos al día siguiente de su matrimonio; más tarde les asombró la esterilidad incomprensible y luego la desesperación sucedió a este asombro, cuando ya no les quedó duda de la horrorosa impotencia. No es posible imaginarse las cosas que probaron; médicos, aguas, drogas, todo lo que les aconsejaban o sabían. Así han vivido durante quince años, avergonzándose poco a poco y ocultándose como si se tratase de una falta. En medio de su desgracia no se acusaron el uno al otro, como séres a quienes la desgracia es común; en esto no se parecían a otro matrimonio cuya existencia se convirtió en un verdadero infierno, porque ni el marido ni la mujer querían cargar con el sambenito de ser infecundos.

—¡Ah! ¡pobre y querida tía! Me parece que aun la veo, siempre triste, sofocada por las lágrimas cuando en el primer día del año nos besaba a todas las sobrinas. Su pobre marido no creo que tarde mucho en seguirla, porque se encuentra solo y para siempre abandonado.

Quedáronse todos silenciosos, durante un momento.

—Pues yo creía,—dijo al fin Mariana,—que era usted también de las mujeres que no quieren tener hijos.

—¡Yo! ¿Quién ha dicho semejante cosa? No quiero tener hijos; pero por ahora, porque no habría tiempo para todo, y en cambio con orden y buen sentido puede haberlo. A nuestra edad se debe gozar un poco del placer de amarse. Más tarde, cuando nos volvamos cuerdos, ya veremos. Entonces necesitamos cuatro hijos: dos niñas y dos niños.

Apagóse su alegre risa de enamorada en me-

dio de otro intervalo de silencio que atravesó aún el ligero soplo de la tierra.

—¿Y si esperan ustedes demasiado y luego fuese tarde?—replicó Mariana.

Miróla con asombro la señora Angelín y luego echóse a reír locamente.

—¡Qué! ¡Qué dice usted! ¡Que nosotros no podemos tener hijos! ¡Oh! ¡Si supiera usted lo rara que es semejante idea!

Interrumpióse un tanto cortada y confusa con las cosas que comprendió a medias palabras y no hizo ya más que balbucear algunas frases de placer y cariño con su arrullo de tórtola enamorada.

—¡Vamos, querido mío! ¡A ti es a quien toca defenderte! ¡No tener hijos!

—Eso sería lo mismo señora,—exclamó alegremente Angelín, agravando las alusiones galantes,—que suponer que no crecerá ni una sola espiga en ese campo que está sembrando su esposo.

Riéronse entonces ambas mujeres, aunque un tanto turbadas y ruborizadas. En aquel momento volvía Mateo seguido de sus dos mozos y lanzando al aire acompasadamente el grano, que iba a dormir durante muchas semanas en el fondo de la tierra entregado al obscuro trabajo de la germinación. Era éste el reposo necesario, la existencia llevada al tesoro común. Hasta el mismo Gervasio se había quedado dormido mamando, bebiendo entonces con los labios tan perezosos que el manar de la leche no producía más que un murmullo insensible, el ruido que hace apenas la simiente universal, nutrida por el eterno río viviente que circula por las venas del mundo. Pasáronse dos meses. Un día de enero y de gran helada recibieron los Froment la inesperada visita de Seguín y Beauchéne que iban a cazar patos en las charcas

de la planicie que aún no estaban desecadas. Sucedía esto en un domingo y toda la familia se hallaba reunida en la cocina, que presentaba un aspecto muy alegre con su gran fogata, mientras que por las grandes ventanas veíase la blanca campiña blanqueada por la escarcha, rígida y adormecida dentro de aquella urna de cristal y semejante a la muerta sagrada a la que esperaba la resurrección de abril. Y aquel día, en los momentos en que se presentaron los visitantes, dormía Gervasio en su blanca cunita, aletargado por la estación, gordito como una alondra en la época del tiro, y no esperando a su vez más que el despertar, para aparecer con su nueva fuerza acumulada, convertida de pronto en decisiva y triunfal. El almuerzo de la familia había sido muy alegre y en aquellos instantes y aprovechando la luz del día, se hallaban reunidos al lado de una ventana, entregados a un juego de creación que les gustaba mucho. Los dos gemelos, Blas y Dionisio, ayudados por el otro niño, Ambrosio, estaban construyendo con pedazos de carbón y cola toda una aldea, en la que había casas, alcaldía, iglesia y escuela. Rosa, a la que habían prohibido que tocase las tijeras, era la encargada de la cola, hallándose llena de ella hasta la cabeza. En medio de aquella serena tranquilidad, oíanse de vez en cuando algunas carcajadas, mientras que el padre y la madre permanecían sentados uno al lado del otro delante del fuego. Vivían con mucha sencillez, como verdaderos labradores, sin lujo de ninguna clase, y sin más alegría que la de estar siempre juntos. Con todas las riquezas humanas no habría podido pagar la dulzura de una tarde tan serena en la que se sentía venturosa intimidad, mientras el último hijo dormía tranquilamente. La invasión de Seguín y Beauchéne fué la de unos

cazadores poco afortunados que tienen más frío que otra cosa. Al escuchar las exclamaciones con que se les recibía echaron pestes contra la mala idea que tuvieron de salir de París en semejante día.

—Figúrese usted, querido,—dijo Beauchéne,—que no hemos visto ni un solo pato. Hace sin duda demasiado frío. Allá arriba, entre las charcas y las plantas cubiertas de escarcha sopla un viento algo más que helado. Por esta razón hemos creído conveniente venir a pedir a ustedes un vaso de vino caliente y volvernos en seguida a París.

Según, todavía más malhumorado que su compañero, se desentumeció delante del fuego, y mientras Mariana calentaba el vino, habló de los campos recientemente roturados, cuyo gran espacio desnudo y limpio acababa de contemplar al paso, pero, como dormían bajo una capa de hielo, guardando el secreto de la simiente, no había podido ver ni comprender, empezando a inquietarle aquel asunto, por el temor de que no le pagaran. Por esto se permitió mostrarse algo irónico.

—Me temo mucho, querido, que haya usted perdido su tiempo y su trabajo. Vi aquello al pasar y, la verdad, me ha producido muy mal efecto. ¿Cómo puede usted tener aún esperanzas en la recolección?

—Hay que tener paciencia. En junio vendrá usted a verlo,—respondió Mateo tranquilamente.

Interrumpióle Beauchéne, diciendo:

—Creo que hoy hay un tren a las cuatro; despachémonos pronto, porque nos produciría un gran disgusto no alcanzarle. ¿No es verdad, Según?

Y le dirigió una mirada de cómplice jovial en alguna aventura que sin duda iban a correr juntos. Una vez que hubieron bebido y repuéstose un

poco, exclamaron al contemplar el cuadro que les rodeaba:

—Es asombroso,—dijo Beauchéne,—que puedan ustedes vivir en esta soledad en pleno invierno. Yo soy partidario de que el hombre trabaje cuanto pueda, pero ¡diablo! también conviene divertirse.

—Nosotros aquí nos divertimos lo bastante,—contestó Mateo sencillamente, señalando con el gesto la rústica cocina en la que se hallaba congregada toda su familia.

Según y Beauchéne siguieron con la mirada aquel gesto, quedando estupefactos al ver las paredes llenas de utensilios de labranza y a los niños siguiendo su tarea de la fundación de un pueblo de cartón. Uno a otro se miraron y procuraron contener la risa burlona que asomaba a sus labios. Aquella existencia no les seducía.

—Vengan ustedes a ver a mi pequeño Gervasio,—dijo Mariana.—Está durmiendo.

Por cortesía inclináronse los visitantes sobre la cama, maravillándose de que un niño de seis meses estuviese tan desarrollado. Volviéronse a acercarse al fuego, sintiendo grandes deseos de marchar cuanto antes.

—¿De manera,—dijo Mateo,—que no quieren ustedes quedarse a comer con nosotros?

—¡No! ¡No podemos!—exclamaron ambos a la vez.

Y deseando reparar lo que aquella exclamación tenía de poco cortés, pretendió Beauchéne reparar lo hecho aceptando la invitación para más adelante.

—Le aseguro a usted bajo palabra de honor, que tenemos un asunto importantísimo que resolver en París. Cuando llegue el buen tiempo le prometo que vendremos a pasar un día aquí con nues-

tras esposas e hijos. Entonces ya podremos ver el resultado de sus trabajos. Con que hasta la vista. ¡Adiós, niños, que seáis buenos muchachos!

Cambiáronse unos apretones de manos; besaron nuevamente a los niños y se marcharon. Mateo y Mariana volvieron a encontrarse ante el chisporroteante fuego, mientras los niños acababan su aldea y Gervasio dormía. Pasados algunos minutos Mateo púsose a hablar de una manera brusca y como el hombre que encuentra la contestación clara a una serie de preguntas que se ha venido haciendo:

—Esas gentes no solamente no aman sino que son incapaces de ello. Pueden conseguir la posesión del dinero, del poder, de aquello que ambicionen; pero del amor jamás. En ellos nunca ardía el gran deseo; ese gran deseo que es el alma del mundo y el plácido hogar de la eterna existencia. Quien no tiene ni deseos ni amor carece de valor y de fuerza. Sólo se engendra y sólo se crea por el amor. Si mienten y cometen un fraude es precisamente por eso, porque no aman, y así viven hasta que caen en la peor de las decadencias físicas y morales. El desenlace de todo esto no puede ser otro que el derrumbamiento de una sociedad podrida. ¡Ahí está la verdad que yo buscaba! ¡El deseo y el amor son los que salvan!

Nunca como en aquellos momentos, había comprendido con tanta claridad que su hogar, su esposa y él eran distintos, y esto era lo que le llamaba la atención extraordinariamente. Imponíanse las comparaciones y veía que su vida tan sencilla y tan desprendida de los afanes por el dinero, su desdén hacia el lujo y las vanidades, toda su acción concentrada en el trabajo, no venían más que del amor con que el deseo divino los inflamaba. Si más adelante alcanzaban la victoria, si

dejaban obras, salud y dicha, no se debería a su esfuerzo, se debería a que habían gozado del don de amar. Le exaltó esta brusca certidumbre, le abrasó las venas con tal pasión, que se inclinó hacia Mariana, emocionada al oírle hablar de aquel modo, y la besó ardorosamente en los labios. Mariana, desfallecida a su vez, tuvo, sin embargo, fuerzas para retenerle con una sonrisa de reprensión, y decirle:

—¡Estate quieto! Vas a despertar a Gervasio. Piensa que yo aun hago falta a esa criatura.

Quedáronse cogidos de las manos, apretándolas dulcemente. La noche iba extendiendo sus sombras y la habitación parecía rellenarse de una paz postrera, mientras los niños daban gritos de alegría al ver terminada su aldea de cartón. Las miradas de los esposos dirigíanse a través de la ventana, a lo lejos, hasta llegar a aquellos terrenos en los cuales dormía la cosecha, tapada por el cristal de la escarcha. Pasaron otros dos meses. Gervasio acababa de cumplir un año, y unos días hermosos apresuraron el despertar de la tierra. Una mañana en que Mariana y los niños se fueron paseando a la meseta en busca de Mateo, no pudieron menos que lanzar una exclamación de alegría al ver cómo se había transformado en el espacio de una semana el vasto campo arrancado a los pantanos. Aquello era sólo un inmenso terciopelo verde, una alfombra sin fin recta y fuerte de trigo que iba creciendo con los delicados colores de la esmeralda. No se había visto nunca, anunciada de modo tan portentoso cosecha alguna. Por esto fué muy grande la alegría que experimentó toda la familia durante aquella hermosa y espléndida mañana de abril, y en medio de aquella campiña despertada de su largo sueño de

invierno. El contento aumentó grandemente cuando se observó que Gervasio, libre de sus primeros andadores, se despertaba también para vivir y adquiriría fuerzas decisivas, empezando a agitarse en un cochecillo, de donde su madre tuvo que sacarle. Una vez fuera emprendió el vuelo y tambaleándose dió cuatro pasos para ir a cogerse con sus dos manecitas a las piernas de su padre. Esto hizo lanzar a todos un grito de extraordinaria alegría:

—¡Ya anda solo! ¡Ya va solo!

¡Y qué delicias tan inmensas producen en los padres estos balbuceamientos sucesivos de los pequeñuelos! ¡La primera mirada, el primer paso, la primera palabra!... Son las embelesadoras etapas de la infancia, que los padres acechan y esperan con impaciencia, celebrando su llegada como verdaderos acontecimientos. El niño ha crecido; el niño se hace hombre. Existe también la alegría de la salida del primer diente, cuando lo mismo que una punta de una aguja, agujerea el marfil la sonrosada encía; luego viene el balbuceo de la primera palabra; el papá y la mamá que con tanto esfuerzo como buena voluntad se empeñan en conseguir y en comprender el informe cacareo, aquel ron-ron de gatito o cháchara de pájaro hablador. Los padres se quedan siempre embelesados y llenos de admiración ante aquella florescencia de su carne y de su alma.

—Espera,—dijo Mariana;—ahora vendrá a buscarme a mí. ¡Gervasio!

Después de vacilar un momento, y de hacer una arrancada en falso, echó a andar el niño, extendiendo los brazos y moviéndolos como si fueran un balancín.

—¡Gervasio! ¡Gervasio!—gritó a su vez Mateo. Y el niño volvió y seis veces se repitió la operación entre las exclamaciones de alegría de to-

dos. Después viendo Mariana que los otros muchachos se entusiasmaban demasiado y que empezaban a empujarle con alguna fuerza, cogió al chiquitín en brazos y una vez más entre las altas hierbas y en aquel lugar bañado por el sol, le dió el pecho, diciéndole, bromeando, que tenía bien ganado aquel regalo, aunque no había llegado la hora de la comida. A pesar de esto, Gervasio, que se hallaba siempre dispuesto, ocultó en el seno su carita redonda y glotona, no oyéndose ya desde entonces más que el suave manar de la leche que volvía a circular por las venas del mundo para acabar de nutrir las cosechas futuras. En aquel momento hubo un encuentro inesperado. A lo largo del campo pasaba un camino vecinal, que se hallaba en pésimo estado y que conducía a una aldea vecina. Por él desembocó una carreta guiada por un aldeano, al que preocupaba de tal manera la contemplación de los terrenos recién labrados, que hubiera permitido que la caballería se separase del camino, a no ser por una mujer que le acompañaba y que tiró rápidamente de las riendas. El caballo se paró y el aldeano exclamó con acento burlón:

—¿Con que esta es la obra de usted, señor Froment?

Mateo y Mariana reconocieron en seguida a los Lepailleurs, los dueños del molino. No ignoraban las murmuraciones que se hacían en Jonville acerca de su locura en querer recolectar trigo en terrenos pantanosos. El que más se había distinguido, por lo sangriento de sus burlas, era Lepailleux, que criticaba duramente la conducta de aquel parisien, que teniendo un buen destino y siendo un señor, había cometido la borricada de meterse a labrador, para arrojar a la tierra sus cuatro sueldos, para que aquella se los tragase sin devolverle



en cambio la harina suficiente para comer un solo día. Por esta razón la contemplación del campo le dejó estupefacto, pues hacía mucho tiempo que no pasaba por allí y jamás había imaginado que la simiente arraigase y creciese con tanta fuerza; al contrario: estaba seguro de que no se aprovecharía ni un solo grano. Aunque dominado por una rabia sorda, no quiso darse por vencido, y afectando un aire de duda, dijo:

—De manera que ahora se figuran que eso va a crecer más... ¡Ah! siento desilusionarles. No hay duda de que creció; pero aún no ha madurado.

Y al observar que Mateo, alentado por su esperanza, se sonreía, añadió:

—¡Qué diantre! Cuando conozca usted más la tierra, sabrá que es como esas mujeres con las que no sabe hasta el fin si le proporcionarán a uno placer o pena. He visto muchas cosechas que se anunciaban como cosa buena y después bastó una traición de una mala pécora, un huracán, una ventisca, para que todo desapareciera. Es usted aún demasiado novato para que la desgracia le haya hecho pagar todavía el aprendizaje.

La Lepailleur, que escuchaba embelesada a su marido, las emprendió a su vez con Mariana:

—No es por desalentarles, señora; pero hay que creer a mi esposo. La tierra es como los niños; unos crecen, se desarrollan y viven, pero otros mueren. Unos les dan muchas alegrías, y en cambio otros les matan a disgustos. Si se saca la cuenta se ve que lo que se da es más de lo que se recibe. ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán!

Sin responder, y con mucha dulzura, fijó Mariana sus ojos en Mateo, confiada, a pesar de lo que la habían impresionado aquellas palabras. Mateo, quien al principio sintió todo cuanto adivi-

naña de ignorancia y envidia en aquellas predicciones, se calmó y tomó la cosa a broma.

—Sí, ya veremos... Más adelante, cuando el hijo de ustedes Antonino sea prefecto y nuestros doce hijos labradores, le invitaré a sus bodas, porque para entonces habrá habido que reconstruir su molino para poder moler todo el trigo de mis dominios de allá bajo, de la izquierda, de la derecha y de todas partes.

Y con el gesto abarcó una extensión tan vasta de terreno, que el molinero casi se enfadó, pues no le gustaba que se burlasen de él. Pegó un fuerte trallazo a su caballo y el carruaje se alejó dando tumbos entre los surcos.

—¡Bah!—gritó,—trigo que crece no está aún en el molino. ¡Hasta la vista y buena suerte!

—¡Gracias, y hasta la vista!

Mateo, mientras los niños jugaban en el musgo, fué a sentarse al lado de Mariana, comprendiendo que ésta se hallaba emocionada. No trató de animarla porque sabía que ella era lo bastante animosa y tenía suficiente confianza para dominar por sí sola la impresión que pudieran haberle causado las palabras de los molineros. Sentóse cerca de ella, mirándola y sonriéndola, mientras que Gervasio, al que todavía no podían hacer mella los aguijonazos de la envidia, continuaba mamando sin perder tiempo y con voraz satisfacción. La leche seguía manando sin interrupción, nutriendo aquellos miembros cada vez más fuertes. ¿No era ésta la mejor respuesta de la fe y la esperanza a toda amenaza de muerte? ¿No era la victoria segura, la prueba de que los hijos sanos crecerían al sol como las cosechas surgirían del suelo todas las primaveras? Una vez más, cuando llegase el mañana tan esperado, el glorioso día de la recolección, las cosechas habrían madurado y los ni-

nos hechóse hombres. Esto sucedió tres meses más tarde, cuando Seguí y Beauchéne, en cumplimiento de su promesa, se presentaron con sus familiares en Chantebled para pasar allí la tarde de un hermoso domingo. Con ellos fué también Morange con su hija Reina, a quien todos se habían puesto de acuerdo para librarla, aunque sólo fuera por un día, del doloroso anonadamiento en que vivía. En cuanto bajaron del tren decidieron hacer una excursión a la meseta alta, para poder ver el famoso campo. Esta era la curiosidad que a todos dominaba, ya que a todos parecía extravagante la idea de Mateo de transformarse en labrador. Refase él alegremente y obtuvo un gran éxito, cuando, haciendo un ademán, señaló el campo que se extendía hasta lo infinito bajo el inmenso cielo azul, formando un mar de tallos verdes y muy altos, rematados en su mayor parte por espigas, ya granadas, que ondulaban movidas por el sople de la brisa. En tan cálida y espléndida tarde, era aquello el triunfo glorioso de la fecundidad, el desarrollo de un suelo preñado de savia, que el humus depositado durante siglos había enriquecido de una manera prodigiosa y que estallaba ahora en aquella primera y formidable cosecha, como si se propusiera cantar la eterna fuente de vida que duerme en las entrañas de la tierra. Circuló la savia, y el trigo brotó por todas partes, mensajero de salud y fuerza, proclamando lo que puede el trabajo del hombre y la bondad y solidaridad humanas. Allí estaba el alimento de los hombres, el germen de las futuras cosechas, y, de aquel mar de tallos que se agitaban con suave ritmo al sople de la brisa, surgía un clamor de esperanza que llevaba la buena nueva de polo a polo. Jamás hubo un campo más espléndido, iluminado por un sol más hermoso. Ni a Constanza ni a Valentina

impresionó tal espectáculo; se mostraron indiferentes ante aquellas hierbas, porque las preocupaban otras ambiciones; lo propio le ocurrió a Morange, cuyos apagados ojos parecían no ver. En cambio Beauchéne y Seguí, lanzaron exclamaciones de sorpresa, al recordar la visita hecha en el mes de enero, durante la época en que la tierra guardaba aún el misterio de la germinación envuelta en el manto del invierno. Entonces no adivinaron la vida que latía en el fondo del suelo y se quedaron como azorados ante tan milagroso despertar, ante aquella explosión de fecundidad, que cambiaba un trozo de la desolada meseta en un campo de viviente riqueza. Seguía, sobre todo, ponderó su admiración y abundó en elogios, pensando que aquella cosecha bastaría para todo, y Mateo le propondría una nueva compra de terreno.

Más tarde, cuando volvieron al antiguo pabellón, transformado bien o mal en una pequeña granja, y se sentaron en tanto que esperaban la hora de la comida, recayó la conversación sobre los niños. La víspera precisamente había destetado Mariana a Gervasio, que iba de aquí para allá, de uno a otro de aquellos señores, y aunque no tenía muy firmes las piernas, corría como un diablillo, cayendo a cada paso, pero sin enfadarse nunca, seguramente porque estaba muy fuerte y sano. Era blanco y sonrosado, muy robusto para su edad, un hombrecito, en fin, que gustaba de reir y jugar. Admirábanle Constanza y Valentina, y Mariana lo apartaba, riendo, del pecho, cada vez que con un gesto familiar alargaba las manecitas en demanda de la antigua fuente.

—No, señor; esto se acabó, y en adelante no tendrás sino sopa.

—¡Qué cosa tan terrible debe ser destetar un ni-

ño!—exclamó Constanza;—estoy segura de que no le dejó dormir a usted anoche.

—Sí, porque lo tenía muy bien acostumbrado y no mamaba nunca de noche. En cambio, esta mañana, es cuando se ha indignado y empezó a chillar; pero como ve usted, ya se ha conformado. Lo mismo ocurrió con los demás.

Beauchéne, de pie, escuchaba con semblante satisfecho, fumando su eterno cigarro. Constanza, dirigiéndose a él, para que confirmara sus palabras, dijo:

—Pues, tiene usted mucha suerte, porque no se puede figurar los malos ratos que nos dió Mauricio cuando se marchó el ama. Durante tres noches no nos dejó pegar los ojos, y creo, ¡Dios me perdone! que esa es una de las razones por las cuales no quiero tener más hijos.

Rióse Constanza y Beauchéne, que miraba a los chiquillos, dijo:

—Mira como juega Mauricio. ¡Atrévete a decir luego que está enfermizo!

—Ya no lo digo ahora. Precisamente hace unos días que está muy bien.

En el jardín se había organizado un juego muy animado entre los ocho niños que había reunidos. Estaban los cuatro de la casa, Blas, Dionisio, Ambrosio y Rosa; los dos de los Seguin, que habían dejado a Andreíta en casa, y Reina y Mauricio. Parecía que éste había cobrado nuevas fuerzas, a pesar de su cara pálida. Mirábale con orgullo su madre, y tan dichosa era y tan satisfecha estaba al ver realizadas sus aspiraciones, que se mostraba amable con sus parientes, con el matrimonio cuya decisión de hacerse labradores le parecía una enormidad que les borraba para siempre del libro de los vivos.

—¡Qué diantre!—exclamó Beauchéne;—no hago

muchos; pero cuando los hago, son como este. ¿No es verdad, Mateo?

En el acto le pesó aquella broma, porque sintió algo así como un estremecimiento, como un malestar pasajero, porque le pareció ver en la mirada de su primo la imagen de aquel otro hijo, el de Norina, tragado por el Hospicio. Quedaron un momento en silencio. Sólo se oyeron los alegres gritos de los muchachos. Entre tanto, pareció a Beauchéne y a Mateo que pasaban por el firmamento una bandada de sombras indecisas, de breves y esfumados contornos: era el vuelo de los recién nacidos en el Hospital, en casa de las comadronas. Eran las sombras de los asesinados, de los que, nacidos con derecho a la vida, se veían borrados de ella, por las preocupaciones de una sociedad suicida. Mateo sintió crecer su emoción mirando cómo Morange, abatido, desplomado sobre una silla, seguía los movimientos de Gervasio, que iba y venía de un lado para otro, contento y feliz, sonrosado y dichoso. El pobre hombre, debía de recordar en aquellos momentos, la imagen que no llegó a dibujarse de otro niño sin nombre, de aquél cuyo asesinato cortó la vida a su madre.

Sin la horrenda abominación de casa la Rouche, el niño jugaría ahora como jugaba Gervasio, y su madre estaría a su lado como Mariana estaba al lado de Mateo.

—¡Qué linda es Reina!—dijo Mateo para disipar los eternos remordimientos de aquel desdichado.

—¡Mirad! Corre y brinca como una chiquilla, como si no estuviera ya próxima a la edad en que se casan las mujeres.

Levantó Morange la vista, y a través de las lágrimas que la empañaban, apareció una sonrisa que decía claramente la adoración que sentía por aquella niña. A medida que ésta iba desarrollán-

dose, le inspiraba una ternura indecible, una pasión avasalladora y toda de abnegación; sólo deseaba verla libre y rica y feliz. Esto debía ser su perdón; la única alegría a que le era dable aspirar. Pero al pensar que un día se casaría, los celos le atenaceaban y veía su hogar solitario, helado, teniendo por única compañera en él, la muerte que se alimenta de los remordimientos.

—¡Ah! ¿casarla? ¡Aún es pronto!—exclamó Morange.—¡Sólo tiene catorce años!

Todos se admiraron, porque parecía tener dieciocho y ostentaba ya la belleza de una mujer. De toda ella, de la mata obscura de su pelo, de la flor roja de sus labios carnosos, se desprendía un perfume de amor precoz y arrebatado.

—La verdad es,—dijo Morange, halagado en su vanidad,—que ya me han pedido casi su mano. La baronesa de Louvicz que se la lleva a menudo a paseo, me dijo que un extranjero archimillonario se había enamorado locamente de mi hija... ¡Que se espere! Aún la he de guardar para mí cinco o seis años.

Su tristeza se había disipado y hasta se rió con satisfacción no exenta de egoísmo y sin observar la mala impresión que produjera el nombre de Serafina. Hasta a Beauchéne le pareció que la compañía y el trato de ésta, eran comprometedores para una niña como Reina. Inquieta Mariana al ver que decaía la conversación, hizo algunas preguntas a Valentina, vigilando al propio tiempo a Gervasio, que había conseguido encaramarse sobre su falda.

—¿Por qué no ha traído usted a Andreíta? Hubiese celebrado mucho darle un beso, y hubiese jugado con este señorito que, como ve usted, se empeña en no dejarme en paz.

Según no dejó que contestara su esposa y lo hizo él por ella.

—¡No, señora! ¡no faltaba más! Entonces hubiera sido yo el que no hubiese venido. No sabe usted lo que nos han molestado los dos que juegan por ahí. En cuanto a Andreíta, se pasa la vida chillando.

Valentina explicó que, efectivamente, la niña les daba muy malos ratos. La habían destetado a principios de semana y la Catiche, después de aterrorizar durante más de un año a todos los de la casa con su insoportable tiranía, los sumió en la mar de apuros al marcharse. Podía vanagloriarse la tal Catiche de haberles costado muy cara, y la habían tenido que despedir poco menos que a la fuerza; como a una reina a la que se impone una abdicación; para lograr la cual fué necesario colmarla de regalos para ella, para su marido y para su hija. En vano habían tomado una ama seca; Andrea lloraba de la mañana a la noche. Advirtieron que la Catiche se llevó una cantidad enorme de ropa blanca y dejó a la servidumbre tan vi-ciada que hubo de cambiarla casi por completo.

—¡Bah!—dijo Mariana;—cuando los niños están buenos, todas las molestias que han ocasionado se olvidan.

—¿Cree usted, acaso, que Andrea está buena?—dijo Según dejándose llevar de uno de sus arrebatos de brutalidad.—Es indudable que con la Catiche se repuso mucho durante los primeros tiempos; pero después no sé que la dió, porque la niña está en los huesos.

Quiso Valentina protestar, y la atajó incomodado:

—¿Acaso no es verdad? Los otros dos que están ahí tienen también un color quebrado; parecen de pasta flora. Santerre dice que son el pozo.

Santerre era para él un grande hombre.

Valentina se encogió de hombros y los demás contertulianos, un tanto cortados, contemplaron a Gastón y Lucía que, con efecto, parecían mucho más débiles que los otros niños, se cansaban en seguida y se mostraban recelosos y huraños.

—¿No le dijo a usted acaso el doctor Boutan, querida amiga,—preguntó Constanza a Valentina,—que todo el mal venía de no haber criado usted misma a sus hijos? En cuanto a mí me hizo ese cumplido.

Al oír nombrar a Boutan, hubo una serie de exclamaciones. ¡Boutan! Boutan era como los demás especialistas. De todo sacaba provecho. Únicamente callaron Mateo y Mariana.

—Como es natural, prima mía, ninguna de esas bromas reza con usted. Además sus hijos son preciosos y nadie puede negarlo.

Mariana indicó con un gesto que podían bromear cuanto quisieran, pues así reinaba mayor alegría entre los reunidos. En aquel momento advirtió que Gervasio, aprovechándose de su descuido, había logrado desabrochar el vestido y metía por la abertura sus manecitas en busca del paraíso perdido. Lo cogió y lo dejó en el suelo entre un coro de carcajadas.

—¡No, señor; ya le dije que esto había acabado! ¿No ve usted que se reírían de nosotros?

Lo que entonces sucedió, fué delicioso. Enternecióse Mateo y miró a Mariana que, una vez cumplido su deber, volvió a ser suya, volvía a ser la esposa enamorada que parecía renacer como la tierra durante la primavera, más hermosa, más agradable que nunca, estremecida por la fecundidad. Nunca le había parecido tan bella; ni admirado su hermosura serena en el triunfo de la maternidad venturosa, como divinizada por el río

de leche que había manado de ella y esparcido por el mundo. Comprendió que la adoraba con amor y deseo más fervientes; con una llama inextinguible como la del sol, como a la diosa de la fertilidad eterna, que prepara la ventura de los hombres que han de nacer. Pasó por allí el soplo abrasador del deseo que es el alma del mundo y hace nacer a cada momento millones de seres que a su vez sienten su estremecimiento divino. Puede que le embriagara el perfume que se desprendía de su cabellera, como de una flor lejana; quizá fué un brusco e irrisorio despertar de la ternura por ambos sentida. Ello fué que ambos quedaron como sumidos en un éxtasis, sin darse cuenta de otra cosa que no fuese ellos mismos; que desaparecieron los invitados, que Mateo alargó sus labios, Mariana le presentó los suyos, y, se besaron.

—¡Ea! ¡No se molesten ustedes por nosotros!—exclamó alegremente Beauchéne.

—¡Si quieren ustedes, nos retiraremos!—dijo Seguin.

En tanto que Valentina se reía como una loca y que Constanza parecía la estatua del pudor ofendido, Morange lanzó una exclamación que resumía sus remordimientos.

—¡Ah! ¡Ustedes son los que tienen razón!

Asombrados de lo que acababa de pasar sin darse cuenta de ello, Mateo y Mariana quedaron por un momento cortados y mirándose sin saber qué hacer. Reprimieronse y soltaron una carcajada y procuraron excusarse alegremente. ¡Amar! ¡Amar! ¿No es ese el fin de la vida, la salud, el poder, la riqueza?

—¡Vaya, quedamos en que esta noche va el sexto!—exclamó Beauchéne.

Gervasio se marchaba en aquel momento en busca de sus hermanitos que jugaban en el jardín.

—¡Sí, por cierto, vamos al sexto!—dijo Mateo, mientras Mariana asentía con un gesto de ternura. Y añadió señalando con la mano el lejano horizonte y los campos cuajados de mieses:

—¡Sí, al sexto; puesto que ahí hay para alimentarlos a todos!

Aquel gesto retrataba al hombre dispuesto a crear hijos y riquezas para ellos al mismo tiempo. Aquello era lo lógico, lo justo, lo que la misma naturaleza quería. A medida que creciera la familia, se ensancharía el mundo arrancando tierras laborables a los pantanos, a los pedregales, a los yermos. Y la tierra y la mujer acabarían pronto la obra de la creación, triunfantes de todos los obstáculos, anhelantes de nueva vida y de mayor fuerza y esperanza.

FIN DEL TOMO PRIMERO







